



ACTO SEGUNDO

El despacho de Aurelio Alarcón. Un despacho bien alhajado, sin pretensiones, pero con refinamientos. Mesa, gran diván, plantas, flores; cuanto revela la mano de una mujer cuidadosa, que piensa en los detalles. Algunos objetos de arte; puerta al fondo, dos laterales y una ventana á la izquierda del espectador. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Cuando se alza el telón, entra por la puerta del fondo AURELIO, con sombrero y abrigo, que se quita y coloca sobre una silla. Se deja caer en el sofá, como abrumado. Después de un instante, en que gesticula sin hablar, se levanta y oprime el timbre. El CRIADO se presenta.

AUR. ¿No han venido los señores de Alarcón?
CRIADO Abajo están con la señorita Gracia.
AUR. Dígales usted que me hagan el favor de subir... Es decir, no; que suba solo el señor don Vicente. (El Criado se retira. Aurelio pasea por la habitación, y á ratos se acerca á la ventana impaciente y nervioso.)

ESCENA II

AURELIO y DON VICENTE

AUR. Buenas tardes, Vicente, entra.. ¿Quieres tomar asiento? Me has telefoneado que necesitabas verme...

- D. VIC. Así es.. Perdona si te molesto... Parece que estás inquieto ó disgustado.
- AUR. Nunca faltan contrariedades... Dí de qué se trata... aunque me lo sospecho.
- D. VIC. ¿Lo sospechas? Entonces ya tenemos andado la mitad del camino... El caso es que esa fatal quiebra de Casarrobles, me coge un pellizco muy considerable. ¡Ah! Coge á mucha gente, la tal quiebrecita... Y como resulta que tú estás á salvo, lo que se dice completamente á salvo... he pensado que esto no es justo, que podrías ceder algo de tus derechos... á fin de compensar en parte la pérdida que sufro yo.
- AUR. ¿Dices que yo estoy á salvo?...
- D. VIC. Es lo mismo. Está á salvo Susana, en nombre de la cual se encontraban impuestos los fondos. Mediante combinaciones y precauciones que revelan una habilidad admirable —¡tu Susana es una gran mujer!— no perderéis un céntimo y hasta recogeréis acumulado el pingüe interés de vuestro capital. ¡Pero eso... es absurdo! ¡Absurdo!
- AUR. Al contrario. Es maravilloso.
- D. VIC. De ese dinero... me despojaré. Mejor si te lo llevas tú. Si no, lléveselo otro cualquiera.
- D. VIC. ¡Qué Quijote! No tanto, Aurelio, no tanto... Yo pretendo lo que es natural; mirar por mis intereses; pero tú también debes pensar en los tuyos, en los de tu familia... No exageremos. Con tu situación privilegiada dentro de la liquidación Casarrobles, debes auxiliarme á mí, ayudarme á salir á flote medianamente. Entre los dos podemos alejar á los demás acreedores, quedarnos solos, y entonces hasta es fácil que realicemos una negociación ventajosa... El bueno de Casarrobles, que se ha marchado nadie sabe adónde, era, sin género de duda, un pobre diablo, y yo creo que en su desgracia entra por mucho la falta de tino y de olfato

- para desenredarse de ciertas marañas... No; y te diré que debo rectificar mis informes de ayer. En la ruina del banquero no ha intervenido mujer alguna. La gente en estas ocasiones, echa á volar lo primero que se le ocurre. Mejor enterado, puedo asegurar... Ya sabes que para averiguaciones soy un águila.
- AUR. Sí, sí... ya lo sé.
- D. VIC. ¿De modo que... puedo contar contigo? ¿Me ayudarás?
- AUR. Preferiría regalártelo todo.
- D. VIC. No digas disparates. ¿Regalar una fortuna? Tengo en mayor estimación tu inteligencia y hasta tus sentimientos de esposo y de padre. A bien que la fortuna no es tuya y Susana sabrá defenderla; defender su bienestar.
- AUR. Susana hará lo que yo mande. (Frtamente.)
- D. VIC. Siempre pasa lo contrario, que son ellas las que nos imponen su voluntad...
- AUR. (saltando.) ¿Qué quieres dar á entender?
- D. VIC. Una broma... ¿Estás enfermo acaso?
- AUR. No.; desazonado solamente... y te ruego que suspendamos un momento esta conversación: ya volveremos á ella.
- D. VIC. Bueno, bueno, no pretendo molestarte... Pero te diré que los asuntos requieren actividad... Perder un minuto en este caso es comprometer graves intereses... Estoy abajo, con José, Sofía y Gracia.—Por cierto que Gracia es un encanto. Me parece que le gusta á su primo más de la cuenta.
- AUR. Bien, ya procuraré activar... ¿Quieres hacerme el favor de decirle á Sofía que suba un instante?
- D. VIC. Ahora mismo... (A parte.) Por lo visto, la amiga es la confidente... ¿Estará aquí la explicación de... otras cosas...?

ESCENA III

AURELIO solo, siempre agitado; mímica expresiva que queda al arbitrio del actor. Después SOFÍA,

AUR. (Se acerca con rapidez á Sofía, la toma las manos, y la mira fija é intensamente.) ¿Qué me dice usted para consolarme, Sofía? ¿Para aliviar mi inmensa desgracia?

SOF. No sé... No comprendo...

AUR. ¿Responde así la amiga? Creí que me quería usted un poco... Está visto; no tengo á nadie, á nadie en este mundo. (se arroja en el diván.)

SOF. (Impetuosamente, acariciándole sin saber lo que hace.) Vamos... Aurelio... cálmese usted... Aurelio querido... son desdichas de la vida... Cálmese... Por mí, al menos... Por mí, que tanto le...

AUR. ¡Ah Sofía! ¿Qué infamia tan grande! ¿No es verdad? ¿'abe mayor infamia? Porque se trata de una infamia, de un engaño vil, miserable, continuo...

SOF. Aurelio, Aurelio... ¿Cuántos años llevo viéndolo, sufriendo y callando! Aurelio... ¡Si usted pudiese adivinar lo que dentro de mí ha pasado en este tiempo! (Arrastrada por la emoción habla atropelladamente.) Y mi boca con candado, y silencio siempre, y una losa sobre el corazón... Y la duda, y reprenderme á mí misma, porque á veces me parecía tan malo callar como hablar, y... (Aurelio la mira espantado; Sofía da un grito.) Qué... qué es eso... Aurelio... por qué me mira así... ¡Ah! Ya entiendo, ya sé... ¡Dios mío! Se fingía usted enterado para que yo... No sabía usted nada... ¡Desgraciada de mí! He sido yo... ¡Yo! (Rompe á llorar desconsoladamente.)

AUR. No se aflija usted... Moralmente lo sabía; me faltaba solo confirmarlo... Sofía, infeliz

Sofía, silenciosa, paciente... Amiga verdadera, leal... Dígame usted que me qui-re, me hace falta; estoy abandonado, más abandonado que un niño á quien dejan desnudo al borde de un camino... ¡Ah! Tengo sed...

SOF. (Temblorosa, coge el vaso de un servicio de agua, lo llena, lo ofrece á Aurelio, que bebe, sonando sus dientes contra el cristal del vaso.)

AUR. Gracias... Ya estoy más tranquilo... Esta agua servida por usted me ha hecho bien.. Ahora, valor; no daré más este espectáculo vergonzoso en un hombre..

SOF. ¿Por qué? Para sentir y sufrir, iguales somos mujeres y hombres..

AUR. A nosotros, hay sentimientos que nos ponen en ridículo... ¡Afrentado!... ¡Estoy afrentado!

SOF. Aurelio... Oígame usted... y créame... No sé lo que he dicho; habrán sido desatinos; ideas infundadas que me pasaban á mí por la cabeza... No me haga usted caso; no poseo certidumbre ni prueba material ninguna... ninguna. De modo que mis palabras son las palabras de una loca, que á fuerza de reprimir sus sentimientos más profundos se ha exaltado y ha visto lo que de fijo no hay...

AUR. ¿Qué sentimientos reprimía usted, Sofía? (Cariñosamente.) ¿Tal vez?... ¿Habré tenido la fortuna?...

SOF. (Sin hablar, mueve la cabeza afirmativamente, y avergonzada, se aparta; Aurelio se le acerca, la coge las manos, la atrae á sí.)

AUR. ¡Gracias, Sofía! Gracias por esta limosna de ternura, de amor, en esta hora terrible, en que mis amores de siempre se deshacen en ceniza vil. ¡Yo, que no lo había sospechado!

SOF. Aurelio... basta... déjeme usted marcharme, déjeme... Tengo vergüenza... me muero de vergüenza...

AUR. ¿Vergüenza usted? ¿Usted, que ha callado, que ha soportado, que se ha sacrificado? ¿Vergüenza? Sofía, lo único hermoso que

veo ya en mi porvenir y en mi vida es usted... Usted será mi consuelo... si no quiere que renuncie á consolarme y me vaya, solo y desesperado, lejos, lejos... á donde no se vuelve...

SOF. (Con un grito.) ¡No, Aurelio; eso no! ¡Tome usted mi estéril existencia entera, haga de mí lo que se le antoje, pero viva y viva dichoso, si es posible! Yo no importo nada. Soy una rama seca... Rómpame usted... Pero déme palabra de que...

AUR. Haré lo que tú ordenes... si me ofreces todo el cariño que me hace falta; porque estaba acostumbrado á mucho, á mucho... y sin él no puedo vivir... (La estrecha.) ¿Sabes? Te cojo la palabra. Nuestro porvenir es uno... uno no más.

SOF. (Temblando.) Suben la escalera... Viene alguien...

AUR. ¡Chist! ¡Es Susana!

ESCENA IV

DICHOS. SUSANA

SUS. (Entrando. Con naturalidad.) Aurelio... Sofía... ¿No interrumpo? No sabéis qué mal rato estoy pasando con Fifi. La encuentro muy seriamente enferma... A mi parecer, algo grave en el corazón... Que venga el doctor Sánchez del Abrojo... ¿Qué te pasa, Aurelio, no te enteras?

AUR. (Volviéndose y con cólera.) Sí; me entero. (Reprimiéndose.) Perdona; tampoco yo me encuentro bien... No es Fifi la única...

SUS. (Solicita y mimosa.) ¿Estás malo? Hábmelo dicho... ¿A quién le había de importar más saberlo? ¿Y qué tienes, Aurelio? (Aurelio se vuelve de espaldas.) Sofía, ¿qué ocurre? ¿Está realmente malo, ó es algún disgusto?...

SOF. (Secamente.) No sé nada.

SUS. Pero, Aurelio, ¿qué chiquillada es ésta? Vas á contarme en seguida tu enfermedad.

AUR. (Con ironía.) Sí; voy á contartela... á ti sola. (Sofía se dirige á la puerta. Aurelio la detiene, la estrecha la mano y murmura tiernamente.) ¡Hasta luego, Sofía!... (sofia sale.)

ESCENA V

SUSANA, AURELIO

SUS. (Aparte.) Es el momento decisivo. Animo... las piernas parece que se me doblan... (Alto.) Aurelio... ¿qué sucede? ¿Por qué no me has avisado desde luego? Vamos; dí, ¿qué ocurre?

AUR. (Aparte.) Se creería que yo soy el culpable... Tengo miedo; las manos se me enfrían... (Alto.) Cuanto más corta la conversación, mejor. Y cuanto más sencilla la fórmula, mucho mejor. Me has engañado...

SUS. ¡Aurelio!

AUR. Me has engañado, lo repito; y antes de resolver lo que he de hacer de tí, exijo que te desprendas del capital, precio del engaño. ¿Estás en tu juicio para hablarme así?

AUR. No niegues. La negativa era prevista. No te servirá de nada.

SUS. No niego; no me digno ni aun negar. Insisto en mi pregunta: ¿estás loco?

AUR. Susana, Susana... no juegues con mi desesperación, con mi desesperación infinita. No me precipites á una locura verdadera. ¡Ojalá estuviera loco! Lo estuve antes, y ciego, ciego.

SUS. (Cambiando de tono.) Mi Aurelio, mi amor, ¿pero qué significa esta escena cruel? Yo no te he engañado; mírame, soy tu mujer, tu Susana, tu compañera de tantos años, la que te hizo conocer la felicidad... (Acercán-

dose más aún.) ¿Qué engaño me reprochas? Contesta. ¡No contestas! Es que no tienes nada que decir... No, no tienes nada que decir; y si no ¡dilo!

AUR. (Frisamente.) El dinero de que vivimos era de Casarrobles, y Casarrobles era tu amante.

SUS. ¡Vamos, se trataba de eso! ¡La calumnia y la envidia, cansadas de arrastrarse, han subido hasta tu corazón!... ¡Gente ruin! ¡Gente despreciable! Y tú ¿por qué crees tales enormidades sin pruebas ni fundamentos?

AUR. Lo creen todos. Sólo yo lo ignoraba. Ayer tuve que saberlo también.

SUS. ¿Lo creen todos? Pues cuando todos lo creyesen, tú debías negarlo, tú debías reírte de esa burda invención maligna. A quien debes creer es á tí mismo. Consulta tus recuerdos, reconstruye nuestra historia. ¿Hemos pasado un día de desavenencia, un día de disgusto? ¿Tengo yo aire y trazas de esposa infiel? ¿No hemos hecho la misma vida sin apartarnos casi? ¿No has visto en mí el amor, siempre el amor? ¡Si no lo has visto, entonces si que estabas bien ciego! ¿Se finge el entusiasmo, se finge la alegría, se finge la caricia constante? ¿Se finge una dicha como la que hemos gozado tú y yo?

AUR. Susana... ¡Oh Susana! No me hables tan de cerca; siéntate ahí; discurremos tranquila, serenamente.

SUS. (sentándose.) ¿Serenamente, y se trata de lo único que me importa en el mundo, que eres tú?

AUR. Si te importo, pruébame. Desprendámonos de esa fortuna maldita.

SUS. ¿Quién te ha sugerido una idea tan descabellada y romántica?... ¡Si que andan por ahí las gentes tirando á la calle su fortuna, á la menor sospecha ó á la primer insinuación de un envidioso! Ya, ya me figuro de donde viene el golpe. Tu primo Vicente,

para cubrir su pérdida propia en la quiebra de Casarrobles, codicia nuestra parte. Y si tú, dejándote llevar de sus arterias, te sacrificases como un corderito, lo primero que haría Vicente, ¿sabes qué sería? oponerse á la inclinación repentina y fuerte que se ha despertado en Gracia y José, y al ver pobre á nuestra hija, plantarnos ahí á ella y á nosotros... Créelo, Aurelio.. Tengo más experiencia que tú; no en balde soy algo mayor en edad..

AUR. Susana... Todo cuanto puedes decirme no explica el por qué solo tu fortuna ha salido incólume de la quiebra... Ahí está la prueba que te confunde. Ahí está. ¡Ah! Yo merezco lo que me sucede. Adormecido en una ventura que creí inagotable y que me parecía sagrada y bendita, no me he ocupado sino en saborearla. He sido débil; tú has dirigido nuestra existencia; me absorbí; yo no veía sino por tus ojos. Basta, Susana, basta; no te exijo nada ya; conserva tu riqueza... A tu lado no puedo permanecer. ¡Eso sí que no! Despidámonos... y cada cual por su lado; bien leve castigo es para tí... y para mí es la redención de tanta ignominia.

SUS. ¿Qué dices, Aurelio, mi cariño, mi esposo? ¿Perderte? ¡Piérdase cien veces ese dinero que te estorba, antes que tú te apartes de estos brazos en que te he tenido y he de tenerte hasta que muera! Pero Aurelio, si tú me quieres, si te quiero yo, si todavía hace cuarenta y ocho horas éramos... ¡acuérdate! ¿no te acuerdas, loquito? dos enamorados... ¿concibes que por una quisquillosidad de punto de honra imaginario nos desgarremos el alma? ¡Valiente locura! ¡Nadie vendrá á indemnizarnos de lo que arrojemos al altar de un ídolo!... ¿No me miras, Aurelio? Mírame, ¿concibes que yo amase á otro? ¡Ah! ¡Bien puedo jurarte sin perjurio, que solo

á tí te adoré! Porque te adoraba y porque adorarse es tan dulce, quise traer al hogar el bienestar, un poco de lujo, la poesía de un ambiente elegante y delicado... y gestioné mi fortuna, como la gestionaría un hombre... Te correspondía á tí hacerlo, pero no estaba en tu carácter. Con iniciativas, luchando... Pero te adormeciste en el blando refugio de tu interior...

AUR. Me adormeciste tú, me diste un filtro...
Amé tanto á mis...

SUS. A tus hijas... ¡A tus hijas!

AUR. (Dolorosamente.) A las criaturas que nacieron bajo mi techo...

SUS. (Enérgicamente.) A tus hijas... Pues no bastaba... Hubiera sido preciso combatir, defender nuestro puesto en el mundo... Tú viviste descuidado, tranquilo... y encantado... No lo niegues... Lo repitías á cada instante ¡nadie más feliz que tú! Y lo serías aun, si no te silban al oído las serpientes un cuento de mentiras y de maldades... Sábelo, esa fortuna que está apartada y libre de las contingencias de la quiebra Casarrobles, procede de un préstamo que mi padre hizo al banquero, hallándose éste en situación angustiosa. Por eso, los fondos que nos pertenecían y que Casarrobles manejó y aumentó, quedaron á salvo de toda eventualidad. Yo supe—dentro de la ley—clave-tear bien lo nuestro...

AUR. ¿Qué garantía me das de que eso es verdad?

SUS. ¿Qué garantía te han dado los calumniadores de que no mentían?

AUR. Susana... no te creo. ¿Qué he de hacer? La fe es una cosa involuntaria.

SUS. La fe también se adquiere, y si se ha perdido, se recobra. Deja correr los días, deja que el río de la vida rueda sus aguas... y se curará este delirio que te tiene trastornado. Piensa con calma las consecuencias de tus

acciones, y no las realizarás, porque realizarías un crimen. De mí no hablemos; yo no importo. Pero si me obligas á renunciar á mi fortuna, la escasez matará á Fifi y dejará á Gracia sin marido, sin establecimiento posible, trabajando para comer, con los dedos picados de la aguja y la cara marchita por las privaciones. ¿Concibes á tu hija sin trajes de seda? ¿Concibes á tu hija subiendo pisos para cobrar tres pesetas? ¿La concibes casándose con un hombre toscó y grosero, que la mantenga y la maltrate? ¡Aurelio, Aurelio... sé piadoso con ellas; tú las has idolatrado, ellas no respiran sino para tí! Y si te vas de nuestro lado, ¿crees que Fifi no se muere también? Te quiere más que á mí, más que á todos... Tiene por tí una pasión...

AUR. (Tapándose la cara, sollozante.) ¡Más que á todos la quería yo, Dios mío!

SUS. La pobre enfermita... ¡No la has de querer! El menor choque la romperá; cosa tan frágil, tan tierna, flor ya medio arrancada... ¡Lloras, Aurelio? ¿Lloramos juntos? Así tenía que ser... No es solo la felicidad la que une; todavía nos estrecha más la pena, nuestra hija en peligro ¡en constante peligro de muerte!

AUR. Acabemos, Susana... No te creo...

SUS. ¿Y por qué no me crees? Si no me crees, es que ya has dejado de amarme. Adivino, adivino... Otra mujer se ha interpuesto... ¿Te estremeces? ¿Te sobrecoges? Es verdad lo que supongo. Otra mujer... Aurelio, ¡ya me explico el misterio, que no podía comprender antes!

AUR. (Fatigado.) ¿Tú pidiéndome celos, Susana? ¡A dónde nos ha llevado el giro de este diálogo tan triste! ¿Quién lo creería!

SUS. No te atreves á negar. No te atreves á mentir. Otra mujer está entre tú y yo... Si eso se olfatea... Si eso se respira en el aire... ¿Me

juzgas tan torpe que estén pasándome delante de los ojos las cosas y no las adviertas?... He percibido que tú no te fijabas en el enamoramiento de Sofía... Tú no lo veías; tú estabas distraído; el velo de la amistad te cegaba... Ha llegado, sin embargo, este momento... Y Sofía, en provecho propio, te ha traído delaciones, invenciones, las miserias de cualquiera que se las ha dictado... ó las tuyas propias, de su cosecha. Ahora, ahora entiendo; ahora sé por qué me torturas; ahora descifro lo que no acertaba á entender. ¡Sofía! Ha desahogado el veneno que llevaba en el alma contra Josefina y contra mí... Emboscada en nuestro hogar, esperaba la traidora el momento...

AUR. Susana, te engañas ó mientes... Sofía, lejos de acusarte, te ha excusado ..

SUS. ¿Lo ves? Hablábaís de eso cuando entré, y estábaís los dos turbados, conmovidos...

AUR. Sofía es incapaz de una delación... Yo, yo la sorprendí; yo la arranqué una parte de la verdad con astucia, dándome por enterado, y ahí está la prueba que me pedías: la sorpresa de un alma leal, que involuntariamente...

SUS. ¡Hola! ¡Por fin! Ella; ella, la secretamente prendada de tí; la que acechaba el instante de sustraer lo que no es suyo, ella fué la delatora. ¡Y me lo negabas! Aurelio, Aurelio; quien puede aquí quejarse de falsías no eres tú, soy yo... ¿Y esto es posible, Aurelio mío? (Acariciándole.) Dime que no, que no la quieres; que la echaremos de casa, de nuestro hogar, de nuestro nido, que fué para nosotros el cielo... Dí que todavía me amas; que todavía...

AUR. (Rendido.) Sí... todavía... Por mi desgracia... No se pierde en un día la costumbre de amar...

ESCENA VI

DICHOS, SOFÍA, GRACIA. Sofía se detiene en el umbral. Ha visto á Susana con los brazos al cuello de Aurelio

GRA. Papá... Ven en seguida; está aquí Sánchez del Abrojo, y no encuentra nada bien á Fifi.

AUR. (A un tiempo.) ¿Algo grave?

SUS. (Tristemente.) Muy grave.

GRA. (Como si despertase.) Vamos; en seguida... ¡Vamos! (Sale con Gracia por la puerta lateral.)

ESCENA VII

SUSANA, SOFÍA

SOF. Vamos también nosotras. Podemos hacer falta.

SUS. (Acercándose á Sofía, con dureza y vehemencia.) Tú no. Ni eres madre de esa niña, ni llorarías una lágrima si se muriese. Acaso te alegrases. Tu lugar no está á su cabecera.

SOF. Sosiégate; no es mi lugar tampoco esta casa. No estorbaré mucho en ella; no tengas miedo. Pero antes de despedirme de tí, he de decirte algo que conviene que sepas, Susana.

SUS. Dí; descubre tu verdadera cara; quitate el antifaz de amiga; confiesa que me odias.

SOF. Te odio, sí, porque le has engañado y le has envilecido.

SUS. Me odias; porque estás enamorada de él.

SOF. Si le hubieses sido leal, hasta te querría de corazón. No soy como tú; mi cariño es noble, es puro.

SUS. La impotencia se disfraza de generosidad. Aurelio no te ha mirado; no ha reparado en tí. Es demasiado mío para ser tuyo. Y es

mío aún y mío seguirá siendo, porque he echado raíces en su ser y no podría arrancarme sin morir. Tenlo entendido. No me lo robarás.

- Sof. ¡Es para confundirse! El que te oyese, creería que eres la esposa más enamorada...
- Sus. Y lo soy, y lo fui siempre, y no hay sinceridad mayor que la mía cuando le doy el alma en un abrazo. Y porque le adoré quise verle venturoso, libre de los cuidados y las preocupaciones del que ha de ganar el pan de su familia, libre para consagrarse sólo a mí, a nosotras... ¿De dónde sacas tú que no es así? ¿Tú que nos has visto vivir tantos años?
- Sof. Oye, Susana: ¿eres... un monstruo!... Acaso el serlo sea tu única excusa... Le manchas, le afrentas, le engañas, haces escarnio de él... y tienes el valor de decir... y acaso de sentir... Basta, Susana; creí conocerte, y no te conocía; no podía penetrar en lo tortuoso de tu conciencia. Me asustas, me das horror...
- Sus. Te doy envidia, te doy celos... Eso, y no otra cosa te doy, pobre Sofía... Tienes envidia de mí y de mis hijas que, como yo, están medidas en el pecho de Aurelio, en su sangre... donde quisieras estar tú... donde nunca estarás...
- Sof. ¡Ni lo pretendo...! Resignada a mi soledad, quise hacer mi alegría de la alegría ajena. Aurelio era dicho-o; con eso tenía yo lo bastante para vivir. ¡No te atreverás a negar que he callado, sabiendo todo desde el primer instante, porque lo he sabido; conociendo los motivos de tus alteraciones nerviosas cuando nació Josefina... porque entonces no estabas endurecida en el mal como ahora lo estás, y acaso el remordimiento te quitaba el sueño y te causaba aquellas terribles convulsiones en que yo te asistía y en que tú a veces dejabas escapar, sin querer, parte de

tu secreto! No contenta con callar, he mentido: al arrancarme Aurelio por sorpresa algunas frases que te comprometían, me he retractado, he jurado que no poseía ninguna prueba, que eran desvaríos de mi imaginación... Y sin embargo, algunas pruebas conservo... ¿Entiendes? Algunas...

- Sus. Baja la voz... ¡Calla!
- Sof. Las he recogido pacientemente, como se recoge un despojo que de nada ha de servir... Toda mi vida ha sido paciencia... Guardo un billete que te escribió Casarrobles un día que estabas enferma en la cama... Dice poco, pero estando prevenido, dice lo suficiente... No tiembles; si no he de hacer uso de él... ni de nada... Si puedo afianzar la venda sobre los ojos de Aurelio, la afianzaré... ¿Quieres más?...
- Sus. (Aterrada, casi arrojándose.) Perdóname, Sofía... Ten compasión de mí...
- Sof. De tí, no... Si la tengo será de él... de él... ¡Da gracias a tu suerte; para herirte tendría que destrozarle!
- Sus. Eso no lo dudes... Si le convences morirá... ¿No has visto qué impresión le ha causado la noticia del peligro de Fifi?...
- Sof. Sí; lo he visto... ¡Misterio inexplicable de nuestro corazón!
- Sus. ¿Callarás, Sofía?...
- Sof. (Volviéndole la espalda con desprecio.) ¡Desdichada! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO